

LA ASIMILACIÓN DE LA NOVELA POLICIAL CUBANA EN ROBERTO AMPUERO

Clemens A. Franken K.

Pontificia Universidad Católica de Chile

La obra literaria de Roberto Ampuero, uno de los representantes más relevantes de la novela negra chilena de la última década, está marcada, en forma decisiva, por sus veinte años de vida en el extranjero, ante todo, en Cuba y Alemania. Este largo tiempo de exilio voluntario le otorga a sus novelas policiales un marcado carácter internacional e intercultural, que se manifiesta no solo en la concepción de su protagonista, el detective cubano-chileno Cayetano Brulé, sino también en la trama, que suele desarrollarse tanto en escenarios chilenos como extranjeros.

Roberto Ampuero Espinoza nace en Valparaíso en 1953 y realiza sus estudios secundarios en el Colegio Alemán de dicha ciudad. Según su novela autobiográfica *Nuestros años de verde olivo* (Santiago: Planeta Chilena, 1999), se hace tempranamente militante de las Juventudes Comunistas, contra la voluntad de su padre, “masón de principios socialdemócratas, que conocía a Salvador Allende” (184), y de su madre que “profesaba ideas conservadoras y católicas” (186). En 1972 ingresa al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile a estudiar Antropología Social y Literatura Hispanoamericana. Debido al golpe de Estado de 1973, decide marcharse a Alemania Oriental en busca de mejores horizontes, porque no quería estudiar en una universidad que estaba controlada por militares y no le parecía el mejor momento para vivir en Chile.

Luego de casi veinte años de vida en las dos Alemanias y en Cuba (1974-79), Ampuero decide, en 1992, volver a Chile y radicarse en Viña del Mar, lugar desde donde dirige una firma de construcciones. Según sus propias palabras, este próspero negocio le permite dedicarse profesionalmente a la literatura.

Al año de su retorno salta a la fama en Chile cuando obtiene el prestigioso premio literario de la *Revista de Libros* a la mejor novela inédita por *¿Quién mató a Cristián Kustermann?* (Santiago: Planeta Chilena, 1993). Debido al éxito de esta novela y al de su protagonista, el detective cubano-chileno Cayetano Brulé, publica

en 1994 y en 1996 dos novelas más con el mismo protagonista que se titulan *Boleros en La Habana* (Santiago: Planeta Chilena) y *El alemán de Atacama* (Santiago: Planeta Chilena). Las tres novelas han tenido tal éxito de venta, que ya cuentan a su haber varias ediciones y traducciones a diversos idiomas, lo que convierte a Ampuero en uno de los autores más leídos de los noventa.

Hasta ahora, la crítica literaria ha señalado casi únicamente su asimilación creativa de autores de novelas policiales de enigma (Conan Doyle) y negras (Georges Simenon, Patricia Highsmith y Manuel Vázquez Montalbán), pero poco de autores de novelas de espionaje (Graham Greene y John Le Carré) y prácticamente para nada la de los autores cubanos Luis Rogelio Nogueras, Guillermo Rodríguez Rivera y Daniel Chavarría. Según lo que Ampuero revela a Sergio R. Fuentealba, a la influencia de estos escritores hay que agregar, además, la del cine cubano:

[...]lo que más me ‘marcó’ fue el cine cubano de los años 60. Antes de viajar a Europa, estuve unos años en Cuba y allí vi una serial fantástica que se llamaba ‘El silencio ha tenido que ser’, además de una película soviética tan estupenda como ‘Veinte instantes de una primavera’. Esos elementos, en lo que antes era Occidente, porque ahora casi todo el mundo lo es, me llevaron a emplearlos en forma inconsciente en lo que estaba escribiendo. El paso rápido de una escena a otra, el corte abrupto que luego continúa y el vincular lo policial con lo político y lo social, son elementos que aprendí a desarrollar a partir de esa forma de ver películas (7).

El encuentro con la forma de vivir caribeña fue decisivo para su futuro desarrollo humano y artístico. A pesar de su claro rechazo del régimen castrista en Cuba, se nota su pasión por el Caribe. En una entrevista con María Teresa Cárdenas¹, Ampuero dice lo siguiente respecto a esta región:

Me fascina ese placer y ese gusto de la gente por la vida. Su sensualidad, su psicología de vida, las formas en que enfrentan los problemas. Un chileno muchas veces se viene abajo frente a una contrariedad. El caribeño es capaz de superar las situaciones más graves a través de la música, del colorido, de su contacto con los demás. Y eso asombra. El caribeño tiene una visión de corto plazo que le permite ser muy feliz día a día. El chileno tiene una visión de mediano-largo plazo, donde si bien es capaz de celebrar el día, vive angustiado por el futuro. Hay que lograr un equilibrio entre esas dos actitudes (E4).

¹ Cárdenas, María Teresa. “Roberto Ampuero: ‘Me interesa ser entretenido’”. *El Mercurio*, Santiago, Revista de Libros, N° 296 (8 de enero de 1995): E1, 4-5.

Los cinco años vividos en Cuba hacen que Ampuero se considere, incluso, “chileno y cubano, por mitades”, mientras que la experiencia alemana de trece años “[d]e alguna manera está asimilada a [su] parte chilena. Estuv[o] doce años en el Colegio Alemán. En [él] tal vez lo alemán se confunde con lo chileno...” (citado en: *Capital* 149). Además, confiesa que le resulta más fácil hacer amistad con un alemán o un cubano que con un chileno y que, de hecho, tiene muchos amigos cubanos, ante todo, en Miami.

Los tres autores cubanos ya mencionados, junto con el cine cubano, serán, sin duda, la apropiación más decisiva en su futura creación de ficción policial. Lamentablemente, por razones del aislamiento político y cultural de la isla caribeña, este aporte decisivo de la narrativa policial cubana a la obra de R. Ampuero es prácticamente desconocido.

De hecho, desde el año 1971 surgió en Cuba, y con un vigor y una amplitud solamente observable en Argentina, una novela policial que, según José Antonio Portuondo,

mantiene los rasgos esenciales del género, pero trae este sentido de identificación de justicia y legalidad socialista y, sobre todo, el concepto de realización colectiva, como autodefensa del nuevo orden social revolucionario (citado en: Rodríguez 62-63)².

En los años setenta y ochenta, la novela policial inglesa y norteamericana experimentan en Cuba una asimilación creativa de parte del pensamiento marxista, cuya antropología considera al hombre más bien como un producto de las circunstancias económicas, políticas y sociales y, por lo tanto, rechaza al típico detective al margen de los órganos policiales quien resuelve los problemas gracias a su inteligencia personal. Los autores cubanos lo reemplazan por un investigador que

pertenece a un cuerpo policial, lo representa, y su sagacidad y astucia no actúan de manera independiente, apoyadas sólo por su experiencia e intuición, sino en coordinación con las organizaciones políticas y de masas, fundamentalmente con los Comités de Defensa de la Revolución (Rodríguez 62).

Otra diferencia consiste en el hecho de que en las novelas policiales cubanas el origen del crimen

² Rodríguez Coronel, Rogelio. *Novela de la Revolución y otros temas*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1983.

se encuentra en la realidad prerrevolucionaria, es un remanente de la sociedad anterior y como tal debe ser combatido. El delito, más que un atentado a la moral, es un reto a la nueva sociedad, de ahí que en gran parte de las novelas se vincula la delincuencia común a la contrarrevolución (Ibíd.)

Esta literatura policial y de contraespionaje cubana, que fue fomentada y también censurada oficialmente a través de premios literarios anuales otorgados por el Ministerio del Interior de Cuba, tuvo durante varios años una gran divulgación y numerosos lectores, pero la ya arriba mencionada excesiva ideologización y esquematización provocaron un creciente desinterés en los años ochenta. Ante todo, la caída del muro de Berlín y su siguiente desencanto en el mundo socialista ‘obligaron’ a un excelente escritor cubano revolucionario como Daniel Chavarría, quien no quería ser ‘una rata que abandona el barco que se hunde’, a dejar el tema cubano para evitar de ser tildado de castrista. Sus siguientes novelas policiales o de contraespionaje las sitúa, por ejemplo, en Grecia (*El ojo de Ciménides*) o en Madrid (*Aquel año en Madrid*). Sin embargo, el escenario de su última novela policial *El rojo en la pluma del loro* (2000) es nuevamente Cuba y la temática es tanto la violación de los derechos humanos durante las dictaduras de Argentina y Uruguay como el fenómeno de la prostitución en Cuba.

A diferencia de D. Chavarría (1933), el segundo autor cubano de novelas policiales que se destaca en los noventa, Leonardo Padura Fuentes (1955), es una generación más joven y un escritor más bien desencantado y posmoderno, por lo tanto, tiene más valor para criticar fuertemente los lados oscuros de la situación cubana en su tetralogía policial *Pasado perfecto* (1995), *Vientos de cuaresma* (1996), *Máscaras* (1997)³ y *Pasaje de otoño* (1998). De esta forma, se ha convertido en un premiado y destacado representante de la narrativa policial iberoamericana.

³ En esta tercera novela de su tetralogía policial, Padura logra, por ejemplo, una interesante profundidad psicológica de los personajes y un agudo análisis crítico de la sociedad cubana, comparables perfectamente a las novelas policiales de un M. Vázquez Montalbán, un Paco Taibo II o un O. Soriano. Su detective Mario Conde es un lobo solitario en la tradición de Philip Marlowe, Pepe Carvalho y Heredia, con su adicción al alcohol, a los encuentros furtivos con las mujeres, a los recuerdos nostálgicos del pasado y el culto de la amistad. Su crítica de las autoridades político-culturales cubanas se centra en “el hachazo brutal de la intolerancia y la incompreensión” (*Máscaras* 108), que frustró muchas vocaciones artísticas. En este caso concreto la de un dramaturgo homosexual que en los inicios de los años setenta es eliminado del escenario artístico cubano a través de una intervención de carácter ideológico y condenado al silencio. El teniente Mario Conde, apoyado por el policía Manolo, se hace amigo de este frustrado artista y en el transcurso de la novela logra superar sus propios prejuicios respecto a la homosexualidad

En 2000, en su ensayo “Modernidad y posmodernidad: La novela policiaca en Iberoamérica”⁴, resume su postura crítica respecto a la novela policial cubana de los setenta de la siguiente forma:

Si en la novela policiaca de los otros países de la lengua se imponían una actitud desacralizadora ante el género, y se asumían los cambios de la posmodernidad –artística y social– con una perspectiva audaz, aunque crítica y participativa en la función de sus contenidos, los policíacos cubanos –que en su mayoría debutan en la literatura a través del género– se lanzaron a la creación de una literatura apologética, esquemática, permeada por concepciones de un realismo socialista que tenía mucho de socialista pero poco de realismo. Así, desde los personajes hasta las situaciones funcionaban como entelequias fijas, lo que se hizo más evidente en la figura del ‘héroe’ –generalmente colectivo, pues se consideraba un hallazgo la ‘superación’ del investigador solitario–, que respondió más a la *realidad* de los reglamentos policíacos que a las necesidades dramáticas de la *realidad* novelesca, más al discurso político oficial que a la creación de conflictos humanos. Mientras tanto, el tratamiento del delincuente o del agente foráneo apenas tuvo espacio en esta novelística, que los definió por simple negatividad política, obviando su valiosa complejidad dramática (153-54).

Ampuero coincide plenamente con esta apreciación de Padura y confiesa luego que llegó al género policial gracias a su estadía en el extranjero, ante todo, en Cuba:

y dar con el asesino que ya no es un contrarrevolucionario, sino un miembro de la alta jerarquía política del país, un embajador de Cuba en el extranjero, y, al mismo tiempo, el padre de la víctima que no pudo soportar nunca el hecho que su hijo fuera maricón y travesti. A través de una profunda penetración en la psique tanto del hijo travesti como del padre autoritario e intolerante, Padura logra superar las deficiencias de sus antecesores y mostrarnos aspectos reales e interesantes de la sociedad cubana de los años noventa. Junto con Daniel Chavarría pertenece, sin duda, a los mejores representantes de la narrativa policial iberoamericana.

El hecho que un autor como Padura puede escribir esta visión crítica de la sociedad cubana comprueba que en Cuba la censura ideológica ha disminuido en los últimos años. Durante mi estadía en La Habana el mes de julio del año pasado pude corroborar esta impresión.

⁴ Padura F., Leonardo. “Modernidad y posmodernidad: La novela policiaca en Iberoamérica”, en *Modernidad, posmodernidad y novela policial*. La Habana: Ediciones Unión, 2000: 117-157.

A mí me dejó muy impresionado la novela policial cubana, donde hay magníficos autores que, desgraciadamente, están determinados por el marco ideológico. Pero técnica y literariamente, hay tipos extraordinarios, como Luis Rogelio Nogueras, que murió muy joven, Daniel Chavarría... Ellos presentan el asunto policial de una forma muy fresca. Para mí fue un descubrimiento, porque había leído novela policial de otro tipo, más europea (Cárdenas E5).

Ampuero se refiere aquí, ante todo, a las novelas policiales cubanas *El cuarto círculo* (1976)⁵, de Luis Rogelio Nogueras y Guillermo Rodríguez Rivera, según el destacado crítico literario cubano Rogelio Rodríguez Coronel, “el producto más acabado dentro de las limitaciones que impone esta forma novelesca” (65)⁶

⁵ Nogueras, Luis Rogelio y Rodríguez Rivera, Guillermo. *El cuarto círculo*. La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1976.

⁶ Rodríguez Coronel hace un significativo aporte a la comprensión y contextualización histórica de la novela policial y/o de contraespionaje cubana al aportar antecedentes acerca de la novela de espionaje y al situarla dentro del “enfrentamiento de nuestros servicios [cubanos] de Seguridad del Estado, con el apoyo de todo el pueblo, por una parte, y la Agencia Central de Inteligencia (CIA) de los Estados Unidos de Norteamérica, por la otra” (69). La novela de espionaje surge, según él,

[...] después de la Segunda Guerra Mundial y dentro del clima de la guerra fría. Su difusión en el área capitalista ha tenido como propósito principal servir a la lucha ideológica diversionista en contra de los estados socialistas, las ideas del comunismo y, sobre todo, en contra de la Unión Soviética.

Por su temática —el enfrentamiento entre los servicios de inteligencia de dos naciones o de dos sistemas sociales—, es una novela esencialmente política, lo cual representa una diferenciación básica con respecto a la novela policial sobre la delincuencia común. Precisamente por esta connotación política, la novela de espionaje burguesa se distancia del realismo en la tergiversación del mundo que presenta, ya que es, por su naturaleza, una narrativa donde la ideología del escritor se manifiesta con particular nitidez. Desde este ángulo, la novela de espionaje está siempre al servicio de la lucha de clases en el plano ideológico y mantendrá su plena vigencia mientras existan sociedades antagónicas (68-69).

Según los teóricos de la novela de espionaje Gabriel Veraldi (*La novela de espionaje*. Traducción: Marcos Lara. México: FCE, 1986) y Juan Antonio de Blas (*La novela de espías y los espías de novela*. Barcelona: Montesinos Editor, S.A., 1991) los orígenes de la novela de espionaje ya se encuentran en la Biblia y en la antigua Grecia:

Judith es la primera agente secreta que llega al Servicio después de la muerte de su marido e inaugura la serie de viudas románticas que trabajan por venganza. [...]

En el Antiguo Testamento están todas las variaciones que se pueden dar en el tema

del espionaje: información, contrainformación, turismo, intoxicación, eliminación, acoso (Blas 16).

Luego de pasar por la literatura griega y también romana, Blas hace un gran salto y afirma que “[l]a literatura de espionaje moderno nace con un claro matiz imperialista, de defensa de lo establecido y con unos protagonistas que se sacrifican, en las fronteras de Occidente, para salvaguardar a la civilización de la barbarie” (26). La primera novela de espías corresponde, según él, “a James Fenimore Cooper”, quien publica en 1821 la novela *El espía*. Como un antecedente histórico muy importante en relación con el espionaje, Blas menciona luego el hecho que

Francia creó en 1871 la *Securité Nationale* con un organismo especial, el ‘*Deuxième Bureau*’, encargado del espionaje militar. Esta segunda oficina va a ser la primera en organizar un escándalo nacional, implicando a la opinión pública y llevando sus intrigas hasta tal extremo que Francia bordeará la guerra civil. Es el *affaire Dreyfus*, conocido por el nombre del capitán judío del Estado Mayor al que se achacó un delito de espionaje a favor de Alemania (27).

En Inglaterra, por su parte, se organizó, en 1883, la *Special Branch*, que tenía como misión especial el impedir que se atentase contra la reina Victoria. De este primer servicio nacería, en 1905, el Servicio Militar de Información MI, que más tarde se dividiría en MI5, contraespionaje, y MI6, información militar (29).

Otros antecedentes literarios son, según Blas, en 1901, la novela de espionaje *Kim*, de Rudyard Kipling, y cinco años más tarde, la de Joseph Conrad titulada *El agente secreto*. “Con Kipling y Conrad se inaugura la novela de espías que se gana la aceptación de la crítica literaria. Pero la novela de espías se hará popular con Childers, un escritor [...] irlandés [que] [e]n 1903 publicó [...] *El misterio de las arenas*” (34).

Para Gabriel Viraldi, según el cual “la ficción guerrera” (32) de las últimas décadas del siglo XIX es la precursora de la novela de espionaje, la primera novela de espionaje propiamente tal moderna fue escrita por William Le Queux, un “reporter freelance”, quien hablaba varios idiomas y viajó mucho por Europa. “La novela y el reportaje del Le Queux sobre los ambientes revolucionarios rusos atrajeron la atención de lord Roberts. Esta colaboración [...] daría nacimiento a la novela de espionaje. [...] [Ante todo], la segunda [novela], *El peligro de Inglaterra* (1899), hace pasar el espionaje a primer plano” (41).

Según Manuel Vázquez Montalbán, en el “Prólogo” del libro de Blas, hasta ahora se trataría de “espía[s] al servicio de un imperialismo de ocupación territorial”, al que había que agregar en el siglo XX

el espía de entreguerras que mueve los hilos de catástrofes que le trascienden (Ambler) y el espionaje convertido en un saber y una acción estabilizados, en los sótanos del edificio de los poderes oficiales, espionaje de trinchera de la guerra fría, todos los espías en nómina, con quinquenios, burócratas dentro de lo que cabe y

y *Joy* (1977)⁷, de Daniel Chavarría, reconocidas como las dos mejores de los años setenta. En sus propias novelas policiales, Ampuero trata ahora de transmitir “el goce de vivir, que en el Caribe llega a su máxima expresión” y el que percibió en las mencionadas novelas policiales cubanas. Por eso, sostiene que sus novelas “traen un colorido que no es ciento por ciento nacido en Chile” (citado en Cárdenas E5).

héroes ocasionales como resultado indirecto de jugadas que ellos no controlan (Le Carré). El espía de Kipling es un colonizador, el de Ambler un aventurero y el de Le Carré un funcionario [...] (10).

A estos nombres de autores de novelas de espionaje había que agregar, por lo menos, aquellos de John Buchan, Ian Fleming, Frederic Forsyth, Graham Greene, Dennis Whestley, Len Deighton, y Pierre Nord, “[e]l padre de la novela de espionaje francesa” (Viraldi 186).

Según confiesa Roberto Ampuero, cinco escritores de ficción de espionaje (Forsyth, Greene, Le Carré y los cubanos Nogueras / Rodríguez Rivera y Chavarría) influyeron en su creación de novela policial negra, mientras que de los autores de la novela negra norteamericana clásica solo suele mencionar a Hammett y Chandler. Queda comprobado, así, por lo menos numéricamente, la mayor importancia del ambiente de la novela de espionaje para la narrativa policial político-social de Ampuero.

⁷ Chavarría, Daniel. *Joy*. La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1977.

Esta novela policial tematiza la perpetración, por parte de la CIA, de un sabotaje en gran escala contra la industria citrícola cubana. El autor nos introduce, según Armando Cristóbal Pérez, en el complejo mundo del espionaje o contraespionaje dentro del campo de la lucha entre órganos especializados de países capitalistas y socialistas.[...]

-Se utiliza la presencia popular expresa en la ayuda a los órganos especializados para su enfrentamiento a la delincuencia común y/o a la contrarrevolución.

-Se muestra una variada gama de formas de convergencia y simbiosis entre la delincuencia común (remanente del pasado) y la contrarrevolución (que pretende el retorno de ese pasado).

-Se sustituye el esquema clásico de enfrentamiento en el género policiaco: Policía vs. Detective privado (0 Aficionado) y Delincuente, por uno nuevo enraizado en nuestras circunstancias y caracterizado así: Órganos especializados + Pueblo vs. Delincuente (11-12).

En su ensayo sobre esta novela de Chavarría, “*Joy*: algo más que un perfume”, Luis Rogelio Nogueras (*Por la novela policial*. La Habana: Ediciones Unión, 1982: 59-64), parte de confirmar lo expuesto por el crítico literario cubano Rodríguez Coronel acerca de la intención ideológica de la novela de espionaje, sosteniendo que las novelas de un

Ian Fleming y otros, han servido, esencialmente, para calumniar desde la literatura a los países socialistas, para justificar la carrera armamentista del imperialismo y

Esto está a la vista, ante todo, a través de la figura de su detective Cayetano Brulé, cubano de origen y chileno por adopción⁸. Sus rasgos físicos no se asemejan para nada a los de su creador, quien describe así su perfil físico y psicológico:

Es un tipo gordito, cubano, buen vividor, con un tremendo bigotazo, muy miope, peladito, con mucho humor y amistoso, que ve la vida y trata de vivirla bien. [...]

Quizá lo que tiene Cayetano Brulé de similar conmigo es que es un hombre que observa estos dos polos [Cuba y Chile; C.F.], los integra en sí mismo, los quiere y sabe que en el complemento de ambas sicologías está quizá una forma de ser feliz. (citado en *La Estrella* 21)⁹.

Por esta razón, Cayetano Brulé sabe, en distintos momentos, actuar como chileno y como caribeño. Además, por ser cosmopolita con la experiencia de haber vivido en otros países, puede tener una visión distinta de las cosas y criticar a los chilenos.

Cayetano Brulé nació en Cuba y su familia “[h]abía abandonado la isla en la década del cincuenta, seis años antes de que Fidel Castro y sus guerrilleros verde olivo asumieran el poder entre el aplauso de la población, harta ya de la tiranía de

para sembrar en los consumidores de occidente un subliminal terror a la URSS y un irracional odio al comunismo. [...]

Salvando, pues, una docena de excepciones (algunas obras de Grenne [sic] o de Eric Ambler), podría afirmarse que toda la narrativa de espionaje producida en las grandes metrópolis ha descargado su artillería mendaz contra el socialismo [...]

Luego Nogueras sostiene que “la literatura de contraespionaje cubana (...) puede jugar un papel destacado en la batalla de ideas que se libra hoy en el mundo [...]” (61). Más adelante sigue su análisis de esta novela y destaca algo fundamental para la narrativa policial de Ampuero: “La atmósfera cosmopolita y la alta tecnología (cosas, ambas, que puso de moda la literatura policial de occidente), unida a un interés visible por el realismo [...]” (62).

Especialmente la atmósfera internacional, al igual que la lucha ideológica y la dimensión política ya antes mencionadas por Rodríguez Coronel, fueron asimiladas por Ampuero en su narrativa policial en forma más intensa que, por ejemplo, la crítica a una clase social tan característico para la novela negra clásica y tan importante para Díaz Eterovic.

⁸ Según R. Ampuero, el apellido le fue propuesto por su esposa que le sugirió tomar el segundo apellido de su padre.

⁹ AA. “Roberto Ampuero E. presentó en Santiago ‘El alemán de Atacama’”. *La Estrella*. Valparaíso. Suplemento *Crónica*, (9 de noviembre de 1996):21.

Fulgencio Batista” (*Boleros en La Habana* 13). En Kay West, el joven Cayetano “fue testigo del arribo de los miles de compatriotas que huían de los barbudos” (*Boleros en La Habana* 14). En los años de su juventud en los EE.UU. “había pertenecido a las fuerzas armadas norteamericanas estacionadas en las cercanías del aeropuerto de Francfort” (*¿Quién mató a Cristián Kustermann* 107). En 1971 se enamoró de Ángela Undurraga, una chilena burguesa revolucionaria que estudiaba en Miami y que lo hizo abandonar “su insignificante trabajo como auxiliar de mecánico de motores fuera de borda” (*Boleros en La Habana* 4) y lo llevó ese mismo año a Chile, donde ella lo abandonará en 1975.

El frustrado y desencantado Cayetano Brulé, fumador empedernido (Lucky Strike) de siempre cincuenta años, a quien le “gusta la buena comida, los buenos vinos y los buenos tragos” (Rodríguez París A6)¹⁰, se consuela ahora con la compañía de Esperanza, una perrita blanca, sin raza, recogida de la calle, y escucha boleros. Considerándose un pobre diablo y perdedor, al igual que Marlowe y Heredia, se siente abrumado por la ausencia de casos que afrontaba desde hacía meses en su pieza del entretecho del edificio Turri, convertida hace poco en una oficinita de investigación privada. Siempre se ha dedicado a casos menores y, en relación con esto, se considera “un proletario de la investigación policial” (*¿Quién mató a Cristián Kustermann?* 97).

Inmediatamente después del abandono por Angela,

[1]a etapa de la dictadura le resultó particularmente sombría. Para los militares era sospechoso por ser cubano de La Habana, para los izquierdistas por ser cubano de Miami. Entonces, en medio de una pasmosa soledad, sólo paliada por el afable Bernardo Suzuki, dueño del Kamikaze, un timbiriche de fritangas en la zona del puerto, había intentado subsistir con un modesto taller mecánico, que terminó reducido a escombros y cenizas durante uno de los voraces incendios que asuelan regularmente a Valparaíso.

Sólo en ese momento cayó en la cuenta de que disponía de un diploma de detective de un instituto de estudios a la distancia de la Florida (*Boleros en La Habana* 15).

Ampuero, conscientemente y al contrario de Díaz Eterovic, le baja el perfil intelectual y profesional a su detective, “quien no se atormenta con problemas filosóficos, ni existenciales, sencillamente vive de sus investigaciones; a veces gana dinero, a veces no” (Rodríguez París A6). En la conversación con Coté, en su tercera

¹⁰ Rodríguez París, Antonieta. “Cayetano Brulé”. *El Llanquihue*, Puerto Montt, (10 de mayo de 1997):A6.

novela policial, Cayetano Brulé le confiesa que “[le] resulta totalmente indiferente lo que cada cual haga con su vida privada” (*El alemán de Atacama* 52). Y cuando ella le pregunta si “es izquierdista”, él contesta: “–Yo no creo en esas etiquetas que financian los políticos para mantener votos cautivos” (*El alemán de Atacama* 53). En forma parecida, contesta al Lalo, que observa que hay países, como Chile, por ejemplo, “donde los crímenes nunca se esclarecen: –Deja tu filosofía para el water, mejor–” (*¿Quién mató a Cristián Kustermann?* 58). Hasta aquí, Cayetano Brulé rechaza cualquier interpretación política marcadamente ideológica de la realidad chilena. Sin embargo, estando ya en Cuba, “no sólo critica a los chilenos exiliados que, consecuentemente, han hecho causa común con Cuba” (Canales y Tropa 206)¹¹, y revela en la siguiente conversación con la cubana Magali, la ex esposa de Cristián Kustermann, algo más claramente su postura política:

–Siempre le rogué que no volviera a Chile, que lo iban a matar.

–¿Quién lo iba a matar?

–La dictadura.

–En Chile ya no hay dictadura –reclamó Brulé–, hay un gobierno democrático desde hace más de tres años.

Magali soltó una risita escéptica mezclada con el humo.

–No hable de lo que pica el pollo –advirtió. Brulé percibió con claridad su acento habanero–. Todos saben que los militares siguen mandando en Chile (*¿Quién mató a Cristián Kustermann* 184).

Aquí, en su primera novela policial, estamos probablemente frente al punto en el que se percibe con más nitidez la postura política de Brulé. Más adelante, Cayetano logra identificar a Silvio Guerra, alias Kollmann, como líder de un grupo terrorista y asesino de Cristián Kustermann y de Samuel Leniz por ser ellos dirigentes del *Frente* que “querían integrarse a la vida legal y pasar el movimiento a la vida política” (*¿Quién mató a Cristián Kustermann?* 237). A la pregunta de Silvio, “¿Quién me delató?”, responde Brulé, a la manera de Sherlock Holmes al final de sus relatos, que fue él mismo que se delató al nombrar a Cristián con su nombre antes de asesinarlo. Esto fue clave para Brulé y lo hizo sospechar de un posible ‘ajusticiamiento’. Interesante resulta en esta novela, desde el punto de vista ético de la búsqueda de la verdad y justicia, el hecho de que Brulé prácticamente obliga al inspector Zamorano a allanar sin orden judicial la residencia de Kollmann, chantajeándolo con la amenaza de publicar, en la prensa interesada, sus crímenes cometidos durante el régimen militar.

¹¹ Canales, José R. y Tropa, Emerson E. La novela de la generación de 1980. La escritura del antipoder. Tesis de Licenciatura en Castellano, Universidad Austral de Chile, 1995.

Según Kathrin Bergenthal¹², “[d]ie Haltung des Detektivs ist durch einen extremen Pragmatismus geprägt, der sich die Erpressbarkeit des Inspektors sowohl für die eigene Karriere als auch für die Bekämpfung des linken Terrorismus zunutze macht” (234) (“la postura del detective se caracteriza por un pragmatismo extremo que se aprovecha de la chantajeabilidad del inspector tanto para su propio bien profesional como para luchar en contra del terrorismo de izquierda”). Al no denunciar los delitos del inspector Zamorano, C. Brulé acepta que colaboradores del aparato represivo pinochetista siguen ejerciendo y gozando de sus funciones en un régimen democrático. De esta forma, la crítica de Brulé a la dictadura pierde, según Bergenthal (cfr. 235) algo de credibilidad.

Al final de estas novelas policiales se revela también la actitud ética de Brulé con respecto al dinero. Comparte con Heredia, el detective de Díaz Eterovic, el ser “pobre pero honrado” (Pinto 111)¹³, y, al mismo tiempo, “eficiente y digno” (*Boleiros en La Habana* 26). Sin embargo, Brulé sabe gozar más de la vida y necesita, por tanto, más dinero. Según las palabras de su creador,

como buen caribeño, quiere gozar la vida, en términos culinarios¹⁴, en términos de mujeres, de viajes, y para eso necesita dinero, y el va a estar muy feliz de recibir dinero siempre, y que le paguen muy bien, su sueño es encontrarse con clientes de mucho dinero. Lo que sí es interesante es que él por dinero no haría algo no ético, no lo haría. Es más, al principio de su último caso, acepta el dinero, lo entusiasma, pero al final él actúa porque se enamora de la víctima, del cadáver, de la historia del personaje. En el caso de Kustermann pasa lo mismo: hay un momento en que el padre de Kustermann le dice que corre peligro, que deje el caso, pero él decide que lo va a seguir solo, porque él quiere esclarecerlo. Se compadeció de la víctima (citado en Mili Rodríguez 17)¹⁵.

Gracias a los “jugosos honorarios” recibidos por parte de Cornelia Kratz, C. Brulé “no solo canceló sus propias dudas, sino también las de su fiel ayudante, Bernardo Suzuki” y pudo darse el lujo de “invitar a su Margarita de las Flores a un crucero de una semana de duración por el Mar Caribe” (*El alemán de Atacama* 247).

¹² Bergenthal, Kathrin. *Studien zum Mini-Boom der Nueva Narrativa Chilena. Literatur im Neoliberalismus*. Francfort del Meno: Peter Lang, 1999.

¹³ Pinto, Rodrigo. “Boleiros en La Habana”. *Caras*, n° 176, (9 de enero de 1995):111.

¹⁴ En este aspecto, Brulé se parece mucho a Pepe Carvalho, el detective de Manuel Vázquez Montalbán, que suele dedicar mucho tiempo y atención a lo culinario.

¹⁵ Rodríguez V., Mili. “Un detective de cocina japonesa”. *Mensaje*, N° 456 (enero-febrero de 1997): 14-17.

Pero solamente algunas páginas antes había mostrado su honradez al rechazar la oferta del alemán Bodo Pankow de “quedag[se] con el dinero que [el tiene] en el maletín” (242). De la misma forma, Brulé había rechazado la similar oferta de Plácido del Rosal en *Boleros en La Habana*. Pero en esta novela, a diferencia de lo que sucede en *El alemán de Atacama*, Brulé y Suzuki “retornaron a su oficina más pobres que antes” (231). Es decir, también en este aspecto, la suerte lo acompaña solamente en contadas ocasiones; por lo general, está con problemas económicos. Como buen caribeño tampoco conoce el ahorro en los pocos momentos de abundancia monetaria, sino que disfruta inmediatamente de su bienestar esporádico.

Lo propio y original de la figura de Cayetano Brulé aflora también en forma muy nítida en su relación con las mujeres, es decir, en su sensualidad a flor de piel, solamente comparable con aquella presente en las novelas del escritor cubano Daniel Chavarría. Esto vale, ante todo, para *Boleros en La Habana*, donde “hombres y mujeres disfrutaban normal y cabalmente el sexo, a la par de comidas y bebidas. Esta rozagancia sensual va con los boleros que respuncean cada trozo” (Vargas E5)¹⁶.

Después de perder su esposa, de la cual con el tiempo “no le quedaba más que un recuerdo ingrato y el eco de una voz aguardentosa de tono perentorio” (*El alemán de Atacama* 18), Brulé conocería a “Margarita de las Flores, su amante voluminosa, la dueña de la agencia de colocación de empleadas domésticas ‘La mujer elegante’” (*Boleros en La Habana* 16). Según Ampuero, Brulé, como buen caribeño y machista

prefiere las mujeres rubensianas, exuberantes, salerosas, despiertas e independientes... Es un hombre fiel, aunque no ciego, que se queda con su media naranja: Margarita, una mujer muy práctica que sabe ser su confidente, amiga y amante, y que al mismo tiempo, lo atiende y está cerca de él cuando la necesita. [...]

[...] junto con poseer ojo clínico para calibrar rápidamente los atractivos físicos de una mujer, también es capaz de detectar al vuelo su inteligencia (citado en Ceardi 3)¹⁷.

Margarita de las Flores es justamente una mujer sensual, independiente e inteligente que no se deja engañar tan fácilmente. Por ejemplo, después del viaje de Cayetano a Cuba, ella lo recibe cariñosamente, pero, al mismo tiempo, le advierte que en la noche le va “a hacer la prueba del agua, [...], para ver si [le] traicionó con

¹⁶ Vargas Saavedra, Luis. “Roberto Ampuero, Maestro del Misterio”. *El Mercurio, Revista de Libros*, n° 296, (8 de enero de 1995): E1,4-5.

¹⁷ Ceardi, Ximena. “Roberto Ampuero: ‘Voy a seguir escribiendo aún cuando a nadie le interese una línea mía’”. *El Líder, San Antonio, Suplemento*, (20 de junio de 1995):3.

alguna negra culona en La Habana” (*Boleros en La Habana* 87). Ella sabe perfectamente que Cayetano es muy sensual y que sufre muchas tentaciones en este campo, sin ser conquistador de mujeres. Por ejemplo, estando en Miami, siente una fuerte atracción por “Dora Wilson, aquella salerosa dependiente del mesón Hertz” (*Bole-ros en La Habana* 69). Luego de un frugal desayuno, Brulé “la contempló deleitado a través de sus dioptrías” e inspeccionó “su guayabera demasiado estrecha y abultada a la altura de la barriga” (Ibíd.). Más adelante, es Dunia Dávila con “sus labios carnosos” y “apenas arropada en una bata que permitía adivinar la redondez de sus caderas y la opulencia de sus senos”, que le causan problemas en “mantener abiertos los párpados” (*Boleros en La Habana* 146).

Aunque Brulé comparta con Heredia un alto grado de atracción hacia las mujeres, mantiene, sin embargo, una relación estable con Margarita, rompiendo así con la convención del género policial, tanto en su versión de enigma como en la negra. Sin duda, fueron los detectives cubanos casados los que le inspiraron al respecto. Por eso, la relación de Brulé con las mujeres tiene un cariz más bien erótico y picaresco que meramente sexual.

A diferencia de su fuerte crítica a las sociedades chilena y alemana, Ampuero critica en forma mucho más benevolente a los cubanos comunes y corrientes como seres humanos admirables e envidiables, rechazando, al mismo tiempo y en forma decidida, a la clase política y el aparato estatal. Se denuncia claramente el estado de cosas en Cuba como, por ejemplo, “las colas interminables [que] se agolpaban frente a almacenes desabastecidos” (*Boleros en La Habana* 153), el miedo a la represión ideológica ejercida por el gobierno de Castro (142), así como el hecho, paradójico en relación con lo anterior, de que el gobierno socialista cubano

se mantiene gracias a una alianza entre la izquierda y la derecha latinoamericana. [...] Los empresarios hacen los mejores negocios en Cuba y la izquierda sigue teniendo un símbolo. Ambos sacan sus lascas y Castro sigue en el poder (*¿Quién mató a Cristián Kustermann* 181).

Por eso, según Ampuero, muchos cubanos quieren huir del socialismo real, arriesgando su vida en el intento de cruzar en balsas el estrecho de noventa millas que separa la isla caribeña de La Florida. Cayetano Brulé llega apenas al Hotel La Habana y ya se le acerca el botones, pidiéndole “alguna chiquitita o una medio tiempo extranjera que quiere casarse con [él], aunque esté rematada de fea, y [lo] saque del socialismo” (18).

Con el mismo alto grado con que Ampuero rechaza la realidad política y económica cubanas, admira al hombre caribeño y, ante todo, sus bellas mujeres. Como ya se dijo más arriba, para Ampuero, el “Trópico no es una zona geográfica, sino un extremo de la vida” (64), tal como el poeta Virgilio Castilla lo expresa a

Cayetano Brulé. En *Boleros en La Habana*, toda la sensualidad y todo el arte de vivir y amar caribeñas se encarna en Paloma Matamoros, la escultural bailarina del cabaret Tropicana, que es justamente todo lo contrario de las intelectuales feministas alemanas, y la que trastorna tanto a Plácido del Rosal como al suizo. Ella es tan bella como su madre Ifigenia Trinidad, que hace treinta años

había comenzado una maratónica y extenuante carrera por los lechos de los revolucionarios, disfrutando de los privilegios hasta ese momento exclusivos de la oligarquía cubana, ahora refugiada en Miami, y de los placeres que compartía con hombres que se desmoronaban ante ella seducidos por el color tabaco de su cuerpo (112).

Como opositora al régimen castrista, Paloma habla mal de Fidel y quiere salir del país. Para eso utiliza sus encantos femeninos que hacen que los hombres se enamoran perdidamente de ella. Después de brindarle a Plácido “placeres que no había experimentado ni tan siquiera en sus giras por Centroamérica” (114), ella le manifiesta su deseo de casarse con él para vivir juntos fuera de Cuba. Cuando el feliz Plácido le explica que sus papeles no están en orden y le pide esperarlo un poco, ella se recuerda del joven ruso Juri —a quien se había entregado por amor con catorce años y quien nunca volvió luego de prometerle que la llevaría a Rusia—, y abandona a Plácido indignada y furiosamente sin dejar de amenazarlo de muerte si abre la boca acerca de la balsa que hermanos de ella están construyendo en forma clandestina.

La primera parte de esta historia, aunque en forma más intensa, se repite en la relación entre Paloma y el Suizo, un matón que persigue a Plácido del Rosal. Al llegar a La Habana, el Suizo es advertido por el chofer del taxi de tener cuidado con las “bellas muchachas en pantalones ajustadas o minifaldas” por ser “jinetras”¹⁸, es

¹⁸ En su reciente novela policial *El rojo en la pluma del loro* (La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas, 2001), Daniel Chavarría tematiza justamente la vida de las “jineteras” a través de la relación entre la joven escultural y sensual prostituta Bini y Aldo Bianchi, un ciudadano uruguayo ya avanzado de edad que se enamora perdidamente de ella. Al igual que Paloma, Bini le ofrece placeres sexuales de tal intensidad, que Aldo depende cada vez más de ella:

Y en cuanto se quedan solos, ella te mete un mordiscón en un pectoral, y te desabrocha la camisa, y los pantalones, y vos, erecto como nunca, sorprendido de vos mismo, la dejás que siga haciendo lo que quiera, y te afloja el cinto y te baja los pantalones, y te hace girar y te muerde las nalgas con una voracidad auténtica, y te besa, y te dice que es una felicia, [...]. Vos te dejás caer boca arriba en la cama, y ella ni siquiera se desviste, y en segundos te provoca un orgasmo fulminante, y es

RESUMEN / ABSTRACT

La obra literaria de Roberto Ampuero, uno de los representantes más relevantes de la novela negra chilena actual, está marcada por sus veinte años de vida en Alemania y Cuba, donde se entusiasma con las novelas policiales o de contraespionaje de L. R. Nogueras, G. Rodríguez Rivera y D. Chavarría. Estos autores cubanos asimilaron los rasgos esenciales del género policial clásico, rechazando, sin embargo, según la antropología marxista, al típico detective al margen de los órganos policiales que resuelve los problemas solo gracias a su aguda inteligencia personal. Ampuero asimila de estas novelas policiales cubanas la atmósfera internacional, la lucha política-ideológica y una sensualidad a flor de piel, creando un detective (Cayetano Brulé) cubano-chileno pragmático y gozador de la vida.

THE ASSIMILATION OF THE CUBAN THRILLER BY ROBERTO AMPUERO

The literary work of Roberto Ampuero, one of the outstanding representatives of the thriller in the Chilean novel, has been influenced by the twenty years he spent living in Germany and in Cuba. He became enthusiastic with detective stories and stories of counterespionage written by L.R. Nogueras, G. Rodríguez Rivera and D. Chavarría. These Cuban authors assimilated the main traits of the traditional genre, rejecting, however, in accordance with Marxist anthropology, the typical detective who, independently of police organizations, solves mysteries with his extraordinary personal talent. Ampuero assimilates from the Cuban novels the international atmosphere, the political-ideological struggle, and a vivid sensuality, creating a detective (Cayetano Brulé) a pragmatic Cuban-Chilean who enjoys himself.